

Menéndez Pidal: ética y ciencia, ciencia ética

José Luis GIRÓN ALCONCHEL

La probité vaut plus que la compétence

UNA OBRA NECESARIA

Se estaba haciendo esperar ya una biografía como ésta¹, porque Menéndez Pidal, como Ramón y Cajal, es un español universal y una de las referencias imprescindibles en la historia de la ciencia española moderna. La divulgación científica —y la televisión— no han sido tan injustas con el segundo como con el primero. Y, sin embargo, el parangón de los dos sabios está suficientemente justificado. Baste recordar este juicio del portugués Fidelino de Figueiredo, que Pérez Villanueva cita muy oportunamente:

«Dos nombres solicitan la atención mundial dentro de la cultura española: Santiago Ramón y Cajal en las ciencias de la naturaleza y Ramón Menéndez Pidal en las Ciencias del espíritu» (p. 259).

La biografía de Pérez Villanueva llena, por tanto, una laguna que ya resultaba difícil disimular. Hasta ahora —aparte el *Estudio sobre Menéndez Pidal en el año 1898*, de Dionisio Gamallo Fierros— sólo había la vida escrita por Camen Conde en 1969 y la trazada por Steven Hess en 1982. Aparte están los estudios especializados de Dámaso Alonso, Lapesa, Marías... y los recogidos en los números monográficos de *Anuario de Letras* de México (1968-1969), *Filología* de Buenos Aires (1968-1969), *Mundo Hispánico* (1969), *Cuadernos Hispanoamericanos* (1969), *Noticias Culturales del Instituto Caro y Cuervo* (1969), *Revista de la Universidad de Madrid* (1969-1970),

¹ Joaquín Pérez Villanueva: *Ramón Menéndez Pidal. Su vida y su tiempo*. Colección «Biografías Espasa. Perfiles de siempre», prólogo de Rafael Lapesa (Madrid: Espasa-Calpe, 1991).

Romance Philology (1970) y *La Torre* (1970-1971), todos ellos consignados oportunamente por Pérez Villanueva (p. 504).

La biografía es, antes que nada, una biografía de la persona, no tanto un relato de la obra científica realizada por esa persona. Esta otra parte de la vida de don Ramón —su biografía propiamente científica— está encomendada a los profesores Manuel Muñoz Cortés y Francisco Abad y espera todavía ver la luz. Don Rafael Lapesa es el coordinador del amplio proyecto biográfico, una de cuyas partes ahora conocemos¹. Pérez Villanueva se dirige a un amplio público. Sin embargo, es importante para el científico (filólogo, lingüista, historiador de la literatura) el encuadre que hace de la producción de Menéndez Pidal, así como algunas de las noticias que aporta. Más interesante, si cabe, es la posibilidad que el especialista encuentra para formularse temas de investigaciones todavía no realizadas, sugeridos casi siempre por el mismo carácter de la información que se nos cuenta.

En fin, uno de los atractivos más grandes es el hecho frecuente de conceder la palabra al propio Menéndez Pidal. Para ello el biógrafo se ha aprovechado inteligentemente del riquísimo archivo de su personaje. No siempre queda claro si lo citado está o no publicado previamente por el propio Menéndez Pidal. La finalidad divulgadora de la obra impide esta precisión con la que, sin embargo, habría ganado atractivo y utilidad. Por ora parte, se habría evitado alguna ambigüedad si se precisara cuándo se emplean las notas del biografiado como fuente y cuándo se emplean otras fuentes. Por ejemplo, tras consignar que Menéndez Pidal no era muy aficionado a la música, se añade «No pasan por sus notas los acontecimientos musicales de su tiempo» (p. 235), y esto en un epígrafe en el que, como en el anterior, no se habla de Pidal, sino del ambiente externo a su vida y obra. Parece como si lo dicho sobre ese ambiente se basara fundamentalmente en las notas —no musicales, por cierto— de don Ramón.

DE LA «GLORIOSA» A LA GUERRA DE VIETNAM

El libro consta de un prólogo de R. Lapesa (que nos proporciona testimonios del maestro vividos en primera persona), de unas «palabras previas» y de sesenta y un capítulos agrupados en ocho partes. Concluye con los índices: uno de nombres y obras citadas (que habría que revisar en nueva edición) y otro general. Además, está ilustrado por un buen número de fotografías que jalonan el curso cronológico de la vida del maestro, pero en las que aparecen también algunos de los más importantes personajes de cada momento. Menéndez Pidal no fue sólo el romanista de su tiempo que más viajó, como le decía Vossler, sino, probablemente, el que más se retrató.

¹ Para estas noticias, véase R. Lapesa: «Ramón Areces, protector de las Humanidades», en la *tercera* de *ABC* de 6 de agosto de 1989.

Las ocho partes de la obra abarcan la vida de Menéndez Pidal, pero también el final del siglo XIX y, con creces, la primera mitad del XX. Desde la «Gloriosa» (nace en 1869) a la guerra de Vietnam (que comenta en sus últimas notas). Hay una cierta desproporción en el engarce de este amplio material de circunstancias con el no menos amplio de la vida personal de Menéndez Pidal: al «ambiente familiar y formación intelectual» sigue una segunda parte sobre «La política y las letras» en la que el biografiado ocupa un segundo plano, es el fondo descriptivo de los hechos históricos generales y de otros personajes (Milá, Menéndez Pelayo). Pero como no se profundiza en estos, la impresión que el lector obtiene es la de una larga y a veces inadecuada digresión. Siguen «Primeros éxitos. Consagración académica», «Los albores del nuevo siglo» y el primer viaje a América, la obra desarrollada entre la dictadura y la república, el exilio... Y las dos últimas partes: la séptima, en que se analiza la obra hecha entre los setenta y ochenta años del autor, y la octava, consagrada al período «De los ochenta al fin».

«YO ME EDUQUÉ, NO EN PRIMERAS LETRAS, SINO EN MI PRIMERA ENSEÑANZA ORAL...»

La familia, la formación intelectual y el contacto con el Madrid de finales del siglo XIX son los tres núcleos temáticos de la primera parte del libro.

De la familia hay que destacar el ejemplo del padre que deja un buen puesto por ser consecuente con su ideología. Será una lección de ética inolvidable para el niño y el hombre Menéndez Pidal, según nos confiesa en sus apuntes personales. No es menos determinante la pertenencia a una familia tan influyente como la familia Pidal. (Ello puede explicar algunas decisiones importantes en la vida de nuestro hombre, como la dedicación al estudio del *Cantar de Mio Cid* cuyo códice perteneció a dicha familia.) Episodio familiar interesante es también la inquina de Clarín contra los Pidal (particularmente la polémica con Juan Menéndez Pidal, estudiada por Jesús Antonio Cid), y las salpicaduras que por ello recibe el joven don Ramón. En el ambiente familiar, en fin, podemos sentir la mayor y más entrañable humanidad de nuestro personaje, como en aquella anécdota del tren de juguete: don Ramón, de niño, siempre había querido tener un tren de vapor, pero no pudo realizar ese deseo; ya padre, a la primera ocasión le compra a su hijo Gonzalo el preciado juguete, pero el niño no hace ni caso. Es lo que nos ha pasado a tantos padres al proyectar en nuestros hijos, sin éxito, algunos de nuestros deseos infantiles no satisfechos.

En la formación intelectual del joven Menéndez Pidal hay que distinguir la influencia del medio geográfico y cultural de su solar asturiano y los estudios propiamente dichos.

Pidal se considera toda su vida un «desterrado de Pajares» y sus alrededores, los lugares de su infancia. Pero la evocación de esa felicidad, años

más tarde, se pasa por el tamiz de la ciencia, lo que desde la orilla de la infancia resula un presagio venturoso. Así como vida y literatura integran el tejido inconsútil de los grandes maestros de la poesía moderna, así también vida y filología van modelando la existencia de Menéndez Pidal, el cual hace que sus vivencias infantiles y juveniles se incorporen a su investigación, al relacionar, por ejemplo, la vieja costumbre asturiana de bajarse del caballo y entrar en la iglesia antes de nada con lo que atestigua el *Cantar de Mio Cid* (Alvar Fáñez y Muño Gustioz van al templo antes de entregar el mensaje al rey).

Los estudios de bachillerato transcurren por Institutos de Albacete, Burgos y Madrid. Es emocionante la conservación del examen de ingreso, con su dictado, su cuenta de dividir... A partir de este hecho se puede comenzar a valorar la importancia del Archivo Menéndez Pidal para el conocimiento, no ya de un hombre y su obra, sino de toda una época.

Cuando Pérez Villanueva narra los estudios superiores, no desaprovecha la oportunidad de darnos un rápido trazo de lo que es la Universidad Española. Un cierto capillismo —bastante miope, por cierto— hace que el profesor de literatura Sánchez Moguel intente apartar a su alumno Menéndez Pidal de la lectura del padre de la Filología Románica, Friederich Diez (p. 54). En cambio, de Menéndez Pelayo aprende Pidal a valorar el «estilo matemático» de Milá y Fontanals, aunque comprende que hace falta otro estilo para llegar al gran público (p. 55). Sorprende el pronto contacto del Pidal estudiante con romanistas extranjeros. El trato con Leite de Vasconcellos fue muy temprano, y a Leite se debe la dedicación de nuestro personaje a la filología española (p. 58).

La riqueza y variedad de los apuntes, dibujos, esquemas y demás materiales de la época estudiantil es uno de los aspectos más atractivos de la biografía; al mismo tiempo, invitan al estudioso a emprender investigaciones más especializadas.

El último capítulo de esta primera parte es una evocación del Madrid finisecular, con sus reformas urbanas, su intensa vida social, sus zarzuelas, sus corridas de toros, sus crímenes tan sonados... Marco de la biografía, historia de la intrahistoria, un contenido así embellece el relato de la vida del personaje e intensifica la alegría de leer. Pero no es bueno abusar del arte de la digresión.

UNA DIGRESIÓN HISTÓRICA

La segunda parte es, como decía, una larga digresión histórica, en la que se atiende a diversos hitos de la época de la Restauración más o menos directamente relacionados con Menéndez Pidal: la Institución Libre de Enseñanza, la literatura realista, el pesimismo y descontento de los regeneracionistas y, más en el meollo de la biografía de nuestro hombre, el magis-

terio directo de Menéndez Pelayo y el indirecto —pero fundamental— de Milá y Fontanals. De casi todos estos capítulos hay bibliografía específica y abundante. Por ello, y porque la figura del biografiado se oscurece para dar paso a lo ambiental, las noticias que aquí se dan se nos antojan más bien prescindibles.

LA PRIMERA MAESTRÍA. UN ESTILO CIENTÍFICO NUEVO

Los trabajos sobre el *Poema del Cid* y *Los Infantes de Lara* (con la primera incursión en la selva de las *Crónicas*), la obtención de la Cátedra en 1899, el año 1900 (con la participación de Menéndez Pidal en las ideas y afanes del 98), la amistad y luego matrimonio con María Goyri y la participación de ambos en la Institución Libre de Enseñanza son los puntos más importantes de la tercera parte.

La aparición de las primeras obras maestras y de los fundamentos de lo que luego se va a llamar su teoría neotradicionalista trae el contacto polémico con los romanistas europeos, sobre todo con Bédier. En otro orden de cosas, es indicio seguro de la callada pasión vital con que afronta sus trabajos el hecho de que nada más terminar *Los Infantes de Lara* comenzara Pidal una novela histórica sobre el mismo tema, cuyos borradores más tarde destruiría, no sin releer con deleite algunos capítulos.

En estas obras de la primera maestría se deja ver ya lo que va a ser la aportación pidaliana al estilo científico, su enorme talento analítico, novedad relativa en la incipiente filología española de entonces, ataviada casi de modo exclusivo por las espléndidas dotes para la síntesis de su maestro y amigo Menéndez Pelayo.

Dentro de lo que es el estilo científico resulta curioso el desinterés de Pidal por su público. No reparte las invitaciones al acto de su ingreso en la Academia por este motivo, según comenta luego en sus notas personales. Este desinterés entraña un peligro teórico que, no obstante, supo soslayar: el del mal estilo expositivo. En cambio, comporta una ventaja, de la que asimismo saca provecho: la independencia de criterio, el entendimiento del trabajo investigador como un «deporte personal y privado», la «austeridad exenta de todo peligro efectista», según la propia valoración de Menéndez Pidal (p. 113).

Como producto de la interacción de la Institución, de doña María y de la propia inquietud y curiosidad científicas de don Ramón florece el gusto por los viajes, entendidos como excursiones científicas, y el comienzo de la recopilación y clasificación del Romancero Tradicional. El monasterio del Paular, lugar predilecto para las escapadas vacacionales en esta etapa de su vida, puede considerarse un símbolo de estos afanes.

Hay en estos capítulos también alguna digresión de interés, pero más alejada de la vida de Menéndez Pidal, como es la trabajosa entrada en la Aca-

demia de Galdós. Y, como en otras etapas de la vida del personaje, aparecen en ésta otros personajes complementarios y de contraste. Ahora, Unamuno, el flamante catedrático de Griego de Salamanca. Estamos en el ámbito de las gentes del 98, entre los cuales se cuenta el que desde 1899 es Catedrático de la Universidad de Madrid.

Con los inicios del siglo (1902) se abre también la colaboración de Menéndez Pidal en las polémicas que dinamizan la vida intelectual y política de España. De ese año es un artículo aparecido en *El Imparcial* con el título de «Cataluña bilingüe» sobre el problema del español en Cataluña, un asunto cuya solución satisfactoria está hoy todavía lejos de ser una realidad.

LAS GRANDES OBRAS

El contenido de la parte cuarta es muy denso. Destacan las grandes obras: la *Gramática Histórica* y el *Cantar del Mio Cid* a principios; *Orígenes del español* al final, en 1926. Entre esas dos fechas, además, prosigue los trabajos sobre *Crónicas* y *Romancero*.

Es la época también de los grandes viajes por América y Europa. Muy definitorio de la personalidad de Menéndez Pidal es el aprovechamiento de su viaje por tierras de Ecuador, Perú, Chile... para buscar romances. Menéndez Pidal viajó mucho («Es usted el romanista que más ha viajado», le dijo una vez Vossler), pero nunca se interesó en el viaje por el viaje; sus viajes estaban en función de su trabajo, y este primero a América, con el descubrimiento de los romances que se cantaban en aquellas remotas latitudes, es una buena prueba de ello.

En 1902 llega a la Academia y se inicia así una de las vetas fecundas y agrídulces de su vida y obra.

Del trato con la Institución Libre de Enseñanza (en la Residencia de Estudiantes hay que situar el comienzo de la amistad con Juan Ramón Jiménez) se pasa al Centro de Estudios Históricos y a la formación de alumnos propios que van a prestigiar de forma definitiva al maestro. En este capítulo sobre el Centro de Estudios Históricos, la información es muy preciada para especialistas, con valioso aporte bibliográfico en notas a pie de página.

La época objeto de esta parte de la biografía es, en fin, la época del primer Homenaje Universitario, en el que participan profesores de todas las latitudes, y la época del reconocimiento universal.

Si en la etapa anterior, era Unamuno la figura del parangón implícito, ahora es Ortega, cuya reseña de *Orígenes del español* supone uno de los mayores espaldarazos recibidos por la obra. Pero la visión del mundo de un autor y otro no es la misma y la discusión estaba, lógicamente, servida. La polémica Menéndez Pidal-Ortega se asienta en una manera no compartida de entender la historia y su objeto, el pasado. Ortega representa el europeísmo, y para él «Amar el pasado es congratularse de que efectivamente haya

pasado» (p. 226). Cualquiera otra actitud es calificada como casticista, y ahí está Pidal según el brillante pensador madrileño. El capítulo sobre la polémica entre Ortega y don Ramón (pp. 291-296) sabe a poco. Sin duda, Pérez Villanueva ha tenido que cercenar aquí y allá, ha tenido que prescindir de muchos materiales, para satisfacer la imposición del género que cultiva y, sobre todo, los gustos del público mayoritario a quien se dirige. Lo que debe retenerse es que *España invertebrada* (1921) y *La España del Cid* (1929) ven de distinta manera el papel de Castilla en la configuración de España: Ortega no cree en la primacía de Castilla ni en su acción motora en la creación de la nacionalidad española, puntos fundamentales en la doctrina pidaliana.

Como señalábamos al principio, el biógrafo exhibe de vez en cuando un extraordinario tino para dar cabida en una biografía destinada al gran público a juicios y observaciones de gran interés para un lector más especializado. Cuando nos narra el éxito y las reseñas de una obra como *L'Épopée castillane* recoge el siguiente comentario del norteamericano S. G. Morley que vale toda una lección sobre el trabajo científico:

«Es la verdadera prueba de erudición el saber captar una vasta serie de hechos dispersos, ordenarlos sabiamente y sacar a la luz las fuerzas que les dieron vida» (p. 230).

Lo mismo en el capítulo dedicado a *Orígenes del español* (pp. 285-289), en donde recoge un florilegio de citas de importantes reseñas, entre las que destaca —como decíamos— la de Ortega, generosamente extractado. De Ortega y de su reseña son estas palabras que definen la valía científica de *Orígenes*:

«Ciencia no es erudición, sino teoría. La laboriosidad de un erudito empieza a ser ciencia cuando moviliza los hechos y los saberes hacia una teoría. Para esto es menester un gran talento combinatorio compuesto en dosis compensadas de rigor y de audacia» (p. 288).

En esta época se producen algunos hechos que hoy son de candente actualidad, sobre todo, por el magisterio que de ellos se deriva, y es muy oportuno que Pérez Villanueva los cite por extenso. Así, el «Manifiesto de los escritores castellanos al Directorio en defensa de la lengua catalana», firmado por Menéndez Pidal y casi un centenar de personas más. De ese documento es el siguiente párrafo:

«Queremos cumplir con un verdadero deber de patriotismo diciendo a Cataluña que las glorias de su idioma viven perennes en la admiración de todos nosotros y serán eternas mientras imperen en España el culto y el amor desinteresados a la belleza» (p. 266).

Creo que estas palabras siguen teniendo hoy plena vigencia, y es muy interesante recordarlas a los españoles de Cataluña y de fuera de Cataluña.

UN INTELLECTUAL COMPROMETIDO

La década de los veinte y los primeros años treinta —hasta el fatídico de 1936— es la época de los primeros honores importantes (doctorados *honoris causa* por Oxford y Toulouse, el Premio Nobel al alcance de la mano) y también de los primeros achaques (desprendimiento de retina).

El Romancero es quizás el tema de investigación más importante en esta etapa (la espléndida *Flor nueva...* es obra del convaleciente de la operación de retina, nada menos), sin olvidar los de las grandes obras reseñadas más arriba. (Por cierto, que los pliegos impresos hasta 1936 de *Epopéya y Romancero* no se puede decir que se hayan perdido del todo, como se da a entender en la p. 316, puesto que los ha editado D. Catalán en la segunda edición de *Reliquias de la Poesía Epica Española*¹.) Además de estos y otros muchos trabajos, el biógrafo da cuenta, con provecho del interesado, de un proyecto de *Diccionario* que no llegó a cuajar sino en la nueva edición del de la Academia. Como en otras secciones, el biógrafo hace hablar en primera persona al biografiado, al hilo del relato. En esta ocasión es sobre el método científico:

«Toda la organización —nos confía [M. Pidal]— de un trabajo consiste en saber construir y manejar la bien curvada lente capaz de hacer converger los dispesos rasgos de las ideas trayéndolos a un foco de abrasadora claridad» (p. 305).

El pasado remoto, serena y deleitosamente investigado, contrasta con el presente. Los tiempos son críticos. El sentimiento autonomista o regionalista crece con la llegada de la República, y en una región como Cataluña se proyecta inevitablemente en las relaciones del catalán con el español, enfocadas como un falso problema la mayoría de las veces, falso problema aireado y utilizado por intereses políticos. Menéndez Pidal tenía que intervenir. Y lo hizo con la lucidez y sensatez que no siempre son bien acogidas por la efervescencia que la cosa pública desata. Precisiones sobre el nombre de la lengua («castellano» o «español») y sobre la misma lengua catalana y su contacto con el español son ocupaciones y preocupaciones pidalianas de estos años que —lo que hay que ver— todavía son de una rabiosa actualidad. Una prueba la constituyen los artículos publicados en *El Sol* en julio, agosto y septiembre de 1931, cuando se está redactando la Constitución de la República. González Ollé citó con provecho el primero de ellos, de 26 de julio de 1931, cuando escribió su trabajo sobre la interesante y poco conocida historia de la oficialización del español: Ahora Pérez Villanueva extrae los tres (pp. 322 y ss.) con muy buen criterio, porque en esos textos hay

¹ Madrid: Cátedra-Seminario Menéndez Pidal-Editorial Gredos, 1980.

observaciones y juicios que nunca deberíamos olvidar, ni nosotros ni los que nos gobiernan el Estado y las Autonomías (y, en particular, estos últimos), como aquella valiente denuncia, todavía hoy en vigor, por desgracia: algunos «propendn a organizarse pensando en el idioma como arma y no como instrumento».

Pero estos años de la polémica y de la esperanza son, sobre todo, años de dirección y de gestión de empresas intelectuales. No es la menos importante la creación en el Centro de Estudios Históricos de una Sección de Filología Clásica, para la que se trae de Italia a Giuliano Bonfante. Llama la atención en este episodio la oposición de Unamuno a que se creara dicha sección de Estudios Clásicos, su «invidencia», como diagnostica M. Pidal, una invidencia muy española, muy universitariamente española, por desgracia. Con menos hostigamiento se consiguen otros logros científicos y académicos: los Cursos para Extranjeros, la Universidad de Verano de Santander, los trabajos de la Junta para la Ampliación de Estudios... y tantos otros afanes segados por la Guerra Civil.

LA GUERRA CIVIL Y EL TRABAJO DE FUERA DE ESPAÑA... Y DENTRO DE ESPAÑA

La segunda mitad de la década de los treinta, mientras España arde en llamas y en odios, conoce el exilio de Menéndez Pidal, lo que es lo mismo que su magisterio en Burdeos, La Habana, Nueva York y París. De estos cursos salen importantes notas para la *Historia de la Lengua* todavía hoy inédita.

Como en otras etapas, también en ésta se perfilan dos nombres cuyas trayectorias se parangonan con la de Menéndez Pidal. Son los nombres de Marañón y de Américo Castro. Con el primero hay creciente convergencia en lo tocante a la tragedia española y a sus soluciones; con el segundo, intensa, dramática y sincera polémica, no ya sobre estas cuestiones vitales, pero ajenas a la labor investigadora, sino también sobre el cómo y el qué del trabajo intelectual. Es curioso que Castro, que tras la guerra civil abandona la lingüística histórica para convertirse en un intérprete y desvelador de la historia de España, aconseje una y otra vez a Pidal que abandone sus estudios de historia general y se dedique a su obra de historia de la lengua.

Pero también hay otros nombres que entretejen la particular historia de don Ramón en esta etapa. Uno de ellos es Tomás Navarro Tomás, sobre cuyas espaldas pesaba una doble responsabilidad: el compromiso con don Ramón y con su magisterio, por un lado, y la fidelidad al Gobierno de la República, por otro. La República por aquel entonces empezaba a mirar con no muy buenos ojos la actitud independiente de Menéndez Pidal, el cual, por ejemplo, se había negado a ir a Méjico porque allí sólo había españoles de un bando. Era lógico que, desde el lado del Gobierno, Navarro Tomás mirara

con preocupación la trayectoria de su maestro. Pero, al mismo tiempo, desde el lado del maestro, no faltaban ni el agudo sentido de la previsión ni el deseo de mantener el cotidiano contacto con el discípulo y colaborador una vez terminado el conflicto bélico. En carta a Américo Castro expresa Menéndez Pidal su preocupación por sacar a Navarro de España, «porque está demasiado al servicio del Gobierno» (p. 349).

Aparece también el nombre de Rafael Lapesa, y es mérito de la biografía de Pérez Villanueva el que se conceda la importancia que merece a la callada, pero arriesgada y heroica labor de este entonces joven filólogo en orden a mantener, en la medida de lo posible en aquellos días de guerra, la actividad del Centro de Estudios Históricos y, sobre todo, a descubrir el paradero del archivo de Menéndez Pidal y a recuperarlo. Lapesa muestra en estos sufridos trabajos la generosidad sin límite que va a ser una de sus más preciadas señas de identidad. Repetirá estos actos de generosidad una y otra vez, y los sigue repitiendo hasta el día de hoy. Pero conviene recordar uno, realizado años más tarde, que despertará la admiración y gratitud de todos los que nos dedicamos a la Filología Española. A la muerte de Amado Alonso don Rafael Lapesa se hace responsable de la publicación de la «historia fonética» emprendida por el malogrado filólogo navarro. Son los volúmenes (ya han aparecido dos y se espera pronto un tercero) titulados *De la pronunciación medieval a la moderna en español*. No tiene nada de extraño que Américo Castro, al contar por carta a Menéndez Pidal los últimos días y el entierro de Amado Alonso, dejara constancia de la presencia de los Lapesa (don Rafael y doña Pilar) y trazara esta semblanza moral de don Rafael que muchos estamos dispuestos a suscribir:

«Lapesa es lo más parecido a un santo que conozco: bondad sin tasa, generosidad, sabiduría sin vanidad. A la chita callando desliza juicios de gran acuidad» (p. 424).

Al hilo del cruce epistolar y de las peripecias y soledad de Lapesa, Pérez Villanueva va dando noticias de la investigación que se realizaba y publicaba en el Madrid en guerra y en la zona republicana en general. Al margen de la anécdota curiosa (por ejemplo, la publicación en el Madrid rojo del *De Virginitate Beatae Mariae*), la labor del historiador es en este punto singularmente valiosa.

Hay otros personajes que se asoman a la biografía, pero cuya relación con el biografiado es menos importante. La conversión de García Morente, con ser un episodio digno de toda atención, parece sin embargo, fuera de lugar. Pero ahí queda como un apunte más de lo que fueron esos años.

En una parte, fundada grandemente en la correspondencia epistolar y tan agitada día a día, el lector habría agradecido que las referencias cronológicas fueran más completas, incluyendo el año, no sólo el mes y el día. En la relectura es cuando más se echa en falta este tipo de dataciones.

OTRAS CORNADAS DEL HAMBRE

Estamos en la década de los cuarenta, «la del hambre». Menéndez Pidal ha conseguido sus materiales de trabajo y se vuelca en sus *Historia de la Lengua* e *Historia de la Épica*, sin olvidar otros estudios como la aportación fundamental de *Los españoles en la Historia*. Pero son años oscuros y de persecución más o menos encubierta. Le pasan factura los vencedores de la contienda civil como antes le habían pasado factura los republicanos. Es el fruto de la independencia en este país. Pidal es consciente de ello, según se ve en una nota inédita hasta ahora:

«¿Qué luto debo guardar a la fenecida República? Yo no disfruté prebenda alguna de Monarquía, dictaduras ni repúblicas» (p. 383).

El bochornoso episodio de la Academia Española es un símbolo del ultraje que pretende camuflarse. Le arrebatan la dirección. Luego, en 1947, el voto de los académicos vuelve a ponerlo en su sitio. El lance lo narra Pérez Villanueva, al mismo tiempo con digna sobriedad y documentación suficiente. Y vale la pena leerlo para aprender en los errores ajenos.

LA ENVIDIABLE ANCIANIDAD

En la octava parte se narra la época de la esplendorosa y envidiable ancianidad, plena de lucidez y de sabio magisterio. Nuevos trabajos intelectuales (Carlos V, Lope de Vega, Las Casas...), junto con la reedición y ampliación de otros (*Orígenes del español, Primera Crónica General...*), vienen a estorbar el desarrollo de las esperadas *Historias* de la Lengua y de la Épica, que ya quedarán condenadas inexorablemente a la publicación póstuma (esperemos ver cumplida pronto esta condena). Sí ven la luz, en cambio, en esta etapa final, los dos tomos del *Romancero Hispánico*. Y aparecen nuevos brotes teóricos que conforman y modulan la corriente tradicional que viene de antiguo. Los noventa años pasean ufanos por el horizonte de los romanistas *La Chanson de Roland y el neotradicionalismo*: «Me hago la ilusión de que si leyesen con atención mi libro no habría ningún individualista». ¿Quién dijo que Menéndez Pidal era sólo un hispanista y no un romanista?

La actividad intelectual se completa con la imposible labor de moderador desempeñada en la gestión y desarrollo de la polémica entablada entre Sánchez Albornoz y Américo Castro: *España en su historia, España, un enigma histórico, La realidad histórica de España...* Creo que es éste un capítulo importante del pensamiento de Menéndez Pidal que todavía necesita un estudio más reposado. Mérito grande de Pérez Villanueva y del libro que reseño es el haber dado a conocer las notas de don Ramón y las cartas privadas en las que se lleva a cabo este intento de mediación que no llegó a cua-

jar. En ese material inédito descubrimos el perfeccionamiento de una doctrina ya con hondas raíces. Así, por ejemplo, no se muestra enemigo Menéndez Pidal de las novedades, por ser novedades, según confía a Castro, pero cree que «también se pueden obtener algunos resultados buenos rehaciendo las ideas viejas y poniéndolas en buen estado de uso» (p. 426). Sin embargo, lo más atractivo de esta mediación entre Castro y Sánchez Albornoz es su valor simbólico. La amistad de don Ramón con los dos historiadores es una lección de ética. Es posible superar el antagonismo feroz, el radical desacuerdo en la comprensión de lo que es España (una especie de las dos Españas en el campo intelectual) mediante el amor a la verdad y la apertura de espíritu.

Queda por explicar dónde estaban las simpatías profundas de don Ramón, porque en este episodio se muestra como un exquisito mediador, atrapado por la convergencia con Sánchez Albornoz y por el cariño y el respeto intelectual —indisimulables— que siente por quien fue el primer titular de la Cátedra de Historia de la Lengua Española de la Universidad de Madrid (hoy Complutense) y uno de los primeros colaboradores del Centro de Estudios Históricos. Es emocionante la forma como Pidal evoca, en carta a su viejo compañero, las discusiones tenidas en aquel templo de la ciencia, en el viejo Palacio del Hielo. No es menos emocionante la seguridad con que don Ramón afirma en más de una ocasión que, si hubieran seguido teniendo lugar aquellas discusiones, Castro no habría ido por donde ahora iba. Y, desde el otro lado, es mucho más que aleccionadora la actitud de Castro que sabe combinar respeto y simpatía, por un lado, y disensión y discrepancia, por otro:

«Yo le debo mucho a Menéndez Pidal —confiesa—. El nos enseñó algo que había oído a Gaston Paris: "*La probité vaut plus que la compétence*"» (p. 485).

Qué maravillosa lección. Qué lejos estamos en estas cartas y en estos apuntes inéditos del feroz y chabacano capillismo universitario español, causante de tantos males. Hace falta publicar completa esta correspondencia y estas notas para que todos aprendamos a trabajar en libertad.

En el ámbito de la proyección pública del trabajo intelectual hay que consignar el nuevo homenaje universitario (los *Estudios dedicados a M. Pidal*), la creación de la Cátedra-Seminario «Menéndez Pidal» en la Universidad Complutense y, en fin, un último acercamiento del Premio Nobel, también ahora frustrado por motivos políticos. No faltan los golpes bajos, rescoldos de viejas rencillas políticas, como el vergonzoso episodio del cuento publicado en la *Revista de Literatura*, oportunamente enmarcado por Pérez Villanueva dentro de la polémica entre «comprensivos y excluyentes». Con mucha delicadeza explica nuestro autor (al fin y al cabo él, autoridad ministerial en aquel entonces y alineado con los «comprensivos», es juez y parte) la significativa coincidencia de los ataques a Menéndez Pidal en el contexto

de las luchas políticas dentro del Régimen de Franco (véase por ejemplo, p. 438). Al lector le apetece una mayor precisión, le gustaría que se dieran nombres; pero termina comprendiendo la prudencia del historiador de lo contemporáneo. Ya se abrirán los archivos.

En la vida privada se suceden experiencias dolorosas (la muerte de su mujer, doña María Goyri, la de su yerno, Miguel Catalán), aunque tampoco faltan las gozosas (la cátedra de su nieto Diego Catalán, que garantiza la continuidad del quehacer filológico en el seno de la familia y —lo que es más importante— la conservación del preciado archivo). No menor importancia tiene, en este terreno privado, la recuperación —o el despertar— de la fe religiosa en los últimos años, un episodio no muy conocido y que por eso constituye uno de los logros más originales de la biografía de Pérez Villanueva.

El interés del Menéndez Pidal anciano alcanza a todo, incluso a los sucesos del mundo de los sesenta que podría parecernos que le eran más ajenos: la integración de España en Europa, la guerra del Vietnam. Nuestro personaje sigue siendo un espíritu joven, igual que aquel que esquiaba en Navacerrada cuando ningún sabio lo hacía o aquel otro que se empeñaba —sin éxito— en hacer ver a su maestro Menéndez y Pelayo las ventajas de escribir con estilográfica... (¿Le cantarían hoy las excelencias del ordenador?).

Por lo demás, resulta excelente el trabajo de Pérez Villanueva al resumir y reseñar estudios aparecidos con motivo de los noventa años de don Ramón, por ejemplo, los contenidos en el número monográfico de *Papeles de Son Armadans*.

DOS APÉNDICES ESPLÉNDIDOS: LA ANTOLOGÍA DE LAS «NOTAS» Y EL ESTILO

Fuera ya del curso cronológico de la vida de Menéndez Pidal, esta última parte del libro se cierra con dos capítulos de enorme interés: uno dedicado a una antología de las «notas confidenciales» de don Ramón; otro consagrado a su estilo de escritor y a la auto-crítica de dicho estilo.

La antología de las notas comprende temas como la autobiografía íntima, la experiencia investigadora, el mundo circundante, la vejez... A veces estas notas expresan sin rodeos lo que publicaciones o cartas sólo se atreven a sugerir o incluso evitan. Hablando, por ejemplo, de los dos extremos con que en España se siente el patriotismo (o «patriotería huera» o «menosprecio extranjeroizante») observa que «El libro de Castro *España en su historia* está siempre vacilando entre los dos extremos...», aunque también en privado confiesa el «gran talento» de su autor y se solidariza con su dolor de expatriado. Las notas dedicadas a lo que Pérez Villanueva llama «experiencia de investigador» son enormemente valiosas. Unas veces son auténticas sentencias:

«El genio es una larga paciencia. La fuerza de voluntad es don de la naturaleza. [...] Es preciso que el joven de inclinación científica se guarde mucho de la sirena ensayista» (p. 513).

Otras son juicios sobre algún tema literario o histórico, por ejemplo, acerca del judaísmo y la presencia de los judíos en la literatura española, señalando la distancia que lo separa de Américo Castro (p. 515). No falta la observación certera y cáustica sobre una determinada manera de entender el quehacer intelectual. Vale la pena reproducir por entero la siguiente papeleta porque desprende un cierto aroma de profecía:

«A finales del XIX había que quitar el temor a disentir de los maestros. Ahora, como los caminos están muy explorados, y abrir camino nuevo es muy difícil, lo que predomina es la habitual tarea de disentir. Coger el trabajo trabajoso y esmerado de un predecesor y darle la vuelta, disentir a tuertas o a derechas; y ya está un trabajo sin trabajo, que tiene segura permanencia. Y además hay otra solución más fácil, la del hurto» (pp. 515-516).

Coger el trabajo trabajoso y esmerado de un predecesor y darle la vuelta, disentir a tuertas o a derechas; y ya está un trabajo sin trabajo, que tiene segura permanencia... ¿no evocan estas palabras lo que años más tarde harán algunos investigadores con la propia obra de Menéndez Pidal, con su obra cívica, por ejemplo?

La teoría del estilo de Menéndez Pidal es puro clasicismo. Con sus propias palabras:

«Establecer ante todo lo que se debe decir, antes que pensar en cómo se ha de decir» (p. 522).

Este último capítulo es otro de los que abren nuevas perspectivas de estudio. Pérez Villanueva recoge bibliografía sobre el tema (un artículo de Sánchez Cantón, otros dos de Guillermo de Torre, alguna observación de Azorín), pero yo creo que el asunto merece mayor atención, porque Menéndez Pidal es en mi opinión uno de nuestros más grandes escritores contemporáneos. El que el mismo Menéndez Pidal se preocupara teóricamente de su propio estilo (él que empezó su vida científica con un cierto olvido del lector) no deja de ser un aliciente más para llevar a cabo esta investigación.

LA FORMA DE LA EXPRESIÓN: SINTAXIS DEL «ESCRIBO COMO HABLO»

El libro de Pérez Villanueva está escrito con un estilo que evoca el clasicismo del siglo XVI. A veces su sintaxis nos recuerda la sintaxis afectiva e

impresionista, pero no siempre lógica, del «escribo como hablo», una sintaxis, por cierto, magistralmente historiada por Menéndez Pidal en los capítulos de su inédita *Historia de la Lengua* dedicados a los siglos XVI y XVII. Muchos son los aspectos positivos derivados de una estrategia estilística de epístola familiar. La andadura del relato es movida, amena, variada, lo cual siempre se agradece en una obra de cerca de seiscientas páginas. La técnica de la *dispositio* que prefiere el epígrafe breve surte los mismos efectos. Además de eso, la descripción cobra vida en el relato de ambientes infantiles (p. 31-32), por ejemplo. Y no falta el detalle del buen escritor de historias que señala a su lector cuándo vuelve atrás para recoger al personaje, después de haber adelantado la narración del entorno; es decir, las buenas maneras del escritor que modaliza su discurso, que mantiene su adhesión al mismo, siempre constante, aunque variable. Así, por ejemplo, en la página 331.

Pero, claro, esta manera de escribir también tiene sus trampas, que de vez en cuando quedan muy visibles en la prosa que comento. Así, las repeticiones de un mismo párrafo, ce por be, como ocurre en las páginas 68 y 122, 247 y 263, 370 y 374, sin que ningún motivo temático, compositivo o estilístico las recomiende.

A veces el marco se come a la biografía: por ejemplo, el capítulo 27 de la parte cuarta (titulado «1908-1912», pp. 217-220) es un capítulo sin Menéndez Pidal. Sin embargo, esta actitud parece corregirse en la última parte del libro: en los capítulos que narran la vida de Pidal en la posguerra los catálogos culturales y literarios son más breves.

A veces los epígrafes son engañosos. El titulado «Un viaje a Roma. Alfonso XIII y la Junta para Ampliación de Estudios» (p. 227) es una mera lista de datos, de estilo telegráfico, que ocupa nueve líneas tan sólo. ¿Vale la pena un epígrafe para esto? ¿No merece mayor atención el contenido anunciado por dicho epígrafe? El epígrafe «La lengua vasca» (p. 251) vale solamente para el primer párrafo; los otros siete (pp. 251-252) no tienen nada que ver con la lengua vasca.

En ocasiones la falta de *labor limae* se deja ver en cierto material traído por los pelos. En un párrafo consigna el biógrafo de forma sumaria la creación de la *Revista de Occidente*, señala su ubicación en la Gran Vía y da cuenta de la tertulia que allí se reúne. A continuación cita un hermoso párrafo de Baroja sobre los escritores que no se ríen y los que se ríen. Lo único que enlaza una cosa y otra es que, según Baroja, Ortega refa «de manera estrepitosa» (p. 248).

Nada de esto, sin embargo, empaña el gran mérito de la obra, ni siquiera las inevitables erratas de todo libro (algunas de las cuales, eso sí, son ciertamente tebeísticas en éste, como el «Teo Spitzer» de la p. 287). Un mérito grande, asentado en la narración atractiva de una vida científica ejemplar. Al fin y al cabo, Pérez Villanueva escribe para el gran público y, al modo de Lope de Vega, se ve obligado a sacrificar «lo justo» por «el gusto». Y esos que parecían descuidos, vistos desde esta perspectiva, hasta podrían ser

aciertos. El mayor de todos es, desde luego, difundir, más allá del estrecho recinto de la filología, pero con gran provecho también para los que están dentro del mismo, el paradigma humano y científico de Menéndez Pidal. Hoy nuestra sociedad española necesita una lección de ética como la que proporciona la vida de este hombre. Y la filología, no sólo la española, también necesita mirarse en el espejo de Menéndez Pidal.

Universidad Complutense